



Cuidado con la amargura»¹

Antonio Buero Vallejo

Leopoldo Panero me pide muy gentilmente que escriba acerca de mí mismo y de mi propia obra. A sabiendas del riesgo de petulancia que esto implica, ¿cómo negarse? «Historia de una escalera» salió, casualmente, de mis manos; y yo siempre he creído que el escritor debe ser, en ocasiones, su propio comentarista. Permitidme que ésta sea una de ellas.

Escribí la comedia en el año 1947. La sugestión dramática de lo vecinal y el interés constructivo que ofrecen las dificultades de un escenario «de puertas afuera» me impelieron a realizarla. Concebida sin ningún premeditado localismo, vino a resultar, espontáneamente, muy madrileña. Con ella me presenté, sin muchas esperanzas, al Premio Lope de Vega y lo conseguí. El público refrendó después con su aplauso el resultado del concurso. Cuando saludé por primera vez a uno de los escritores que habían sido miembros del jurado, tuvo la amabilidad de felicitar me, aparte de otras bondades que a su juicio poseía la comedia, por «el buen amargo español» que la traspasaba.

Ningún elogio podía satisfacerme tanto. Dentro de la confusión de géneros que suele caracterizar a las modernas producciones teatrales yo había intentado, bajo la superficie sainetesca y costumbrista de mi obra, deslizar una tragedia auténtica. Lo hice así por que me sentía saturado de esa alegre y valiente aceptación de la tragedia que nos caracteriza como pueblo y que nos ha dado, en pintura y literatura, las más sobrecogedoras obras hispánicas. Había yo intentado mirar la vida de mi «escalera» con la misma serena mirada inhábil en mi caso con que Velázquez vio a sus bufones y a sus infantas; Solana, a sus prostitutas; Benavente y, Lorca, a sus campesinos, o Baroja a sus parias. Que un esclarecido hombre de letras reconociese en mi comedia, como intento al menos, esa forma de mirar, tenía por fuerza que complacerme. Y me atrevía a pensar que mi obra encerraba un sentido trágico positivo, porque su condición amarga

ostensible para el público y crítica que la viene apreciando no se manifestaba en perfiles subjetivamente folletinescos más o menos delicuescentes. Por el contrario, englobaba todos sus matices tanto los sainetescos como los ligeramente melodramáticos que sin duda posee en una concepción general objetiva y despiadada en apariencia para los conflictos íntimos de sus personajes. Una concepción trágica que, aspirando a ser como la velazqueña de los bufones o la barojiana de los parias, quiere ocultar en su fondo una delicada piedad y fortalecer nuestra moral, sin necesidad de discursos y moralejas, por su solo impulso conmovedor o suspensivo. En una palabra: de acuerdo con las más viejas tradiciones del teatro, mi comedia intentaba poseer una virtud «catártica».

Discutible «Historia de una escalera» como producción dramática lograda pues bien conozco la opinión absolutamente negativa a ese respecto de no pocas personas, no hubiera creído, sin embargo, objetable la legitimidad de su tendencia y propósito teatrales. No es éste el criterio de una parte de las críticas, verbales o escritas, que hasta mí llegan. Casi siempre acordes en aceptar la eficacia escénica de la obra, voces hay que se levantan para señalar los elementos negativos que a su juicio encierra. La amargura de mi drama les repele; esa cualidad representa para ellas una faceta negativa de la que sólo pueden derivarse peligros de inmoralidad o depresión para quien contemple la comedia, cuando no censurable omisión por mi parte de un sentido ejemplar, social o trascendente, más claro. Y lejos de considerarla española, más bien la suponen algunos hija de extrañas corrientes literarias o filosóficas que invaden hoy la juventud desquiciada de nuestro mundo en crisis.

Al explayar modestamente aquí mi personal criterio, no trato de penetrar en campo ajeno ni decir tampoco la última palabra; sólo pretendo, añadir mis puntos de vista a los de los demás en asunto que tan entrañablemente me importa. Pues bien, acaso el difuso tono de alerta que, en su conjunto, vienen a dar esas voces críticas frente a mi comedia, podría resumirse en una fórmula que, cual invisible cartelito de advertencia, se le colgase para consideración de público, y autor: «Cuidado, con la amargura».

Excelente advertencia; magnífica norma de vida práctica es evitar la amargura. Pero cuando esa evitación adquiere obsesiva insistencia, los resultados no suelen ser buenos. En el teatro, por lo pronto, nos está conduciendo a una lamentable idiotización de grandes muchedumbres que, en su trágico intento de reír solamente, son lenta pero seguramente intoxicadas por revistas y comedias de una comicidad gruesa. Magnífico cartelito para conseguir que, cuando leemos en la vida práctica el «Cuidado con la pintura» de un banco del paseo, evitemos la amargura de un traje estropeado; pero cartelito que sería temible de colgar «Cuidado con la amargura o con la pintura» (la veraz pintura), ¿qué más da? a las puertas del Museo del Prado.

Confío en que ninguna persona sensata supondrá que trato de equipararme a Velázquez. Tan sólo pretendo hacerlo como propugnador del «buen amargo español», que es, siempre, la serena y sonriente mirada que no teme a la tragedia oculta en las cosas. ¿Por qué tener artísticamente cuidado con la amargura? ¿De dónde procede ese temeroso precavimiento ante las buenas gotas amargas que fortalecen nuestro apetito vital? frente al neurótico, el doctor no pretende evitar la amargura por una ocultación de las causas personales que la producen; trata, por el contrario, de disolverla enfrentando al enfermo con ellas. Yo no soy ni siquiera doctor; tan sólo un emborronacuartillas. Mas esas voces de precaución contra lo amargo, se me antojan muy bien intencionadas, muy sensibles y escrupulosas, pero muy enfermas; voces deprimidas y temerosas ante los

revulsivos que pudieran tonificarlas. Y el problema que ocasionalmente plantean con la crítica de mi obra me parece de tal densidad, que bien merece la pena de pasar la vergüenza de escribir sobre mis propias cosas en aras al interés general de la cuestión.

Esta atormentada necesidad de «no amargarse la vida» que lleva a las multitudes al fútbol o al folklore puede ser fatal para el pulso íntimo de las gentes y, lo que es más triste, de efecto contraproducente. Pues al amargo de la vida no se le vence con la explosión mecánica de la risa o el aturdimiento de las distracciones, sino con su contemplación valerosa. Claro es que las voces más inteligentes entre cuantas abundaron en los reparos antedichos no caían en la pueril fórmula que se ha llegado a imprimir de que «la vida no es sólo eso»; señalaban, más certeramente, los peligros de una amargura sin salida. Mas yo no creo que la falta de soluciones en la comedia implique que éstas no existan; y creo, por el contrario, que en una obra de tendencia trágica es precisamente su amargura entera y sin aparente salida la que puede y debe provocar más allá de lo que la letra exprese o se abstenga de decir, la purificación catártica del espectador.

Bien sé que la vida es más multiforme de lo que en mi obra se muestra, como sé que «El tonto de Vallecas» no es una representación de todos los hombres. Sé que existen en España y en el mundo miles de escaleras limpias y alegres; pero yo escribí la historia de una escalera como muchas otras y distinta a otras muchas, tal como mañana escribiría de otros ambientes y otros conflictos. ¿Y por qué elegí un tema penoso y no consolador? ¿Por qué busqué lo trágico en vez de lo risueño? ¿Por qué me abstuve de tener cuidado con la amargura para buscarla limpiamente? ¿Acaso por contaminación de corrientes extrañas o por afán de novedad? Todo lo contrario, por fidelidad profunda y espontánea aunque quizá de resultados poco meritorios a la más evidente tradición artística española. Mi agradecimiento muy sincero a cuantos españoles, desde el escritor que hubo de felicitarme, gustan sin miedo y sin cuidado de la amargura que vine a servirles; como también envió desde aquí mi reconocimiento, si bien acompañado de mi humildísima disconformidad, a todos aquellos a quienes la amarga tragedia de mi obra hace desviar los ojos.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

